

CAPÍTULO I

La reina, que se había criado con una prima por la que sentía un inmenso afecto, le pidió que fuera la madrina de su hija. La mujer vivía ahora en las profundidades submarinas, donde estudiaba los monstruos acuáticos. Tenía el cabello tan moreno como rubio era el de la reina, y le gustaba observar, conversar y desentrañar el mundo y sus enigmas.

Se alegró sinceramente por aquel nacimiento y, aunque estaba poco acostumbrada a cuidar de recién nacidos, aceptó y se puso en camino para conocer a su ahijada, llevada por una gran curiosidad. Para ese día de celebración todo se había dispuesto con el máximo primor en el Domo, el palacio real construido bajo una inmensa cúpula de cristal. La ceremonia tenía lugar en el salón de gala. Por encima del Domo subían lianas de orquídeas en forma de arcos, y las paredes estaban tapizadas de plantas y flores trenzadas, cuyas fragancias se habían elegido minuciosamente para que desprendieran un aroma ligero y primaveral que no resultara demasiado embriagador, y menos para el bebé o su madre. Había pájaros que trinaban en sus jaulas de cristal transparentes y mamíferos de pelajes irisados que se sumaban a la guardia de honor formada por las más nobles personalidades del reino. Junto a la cuna había también un asno, un pobre animal sin porte majestuoso ni brío, que rumiaba una gavilla de hierba fresca sin hacer caso al bullicio que lo rodeaba.

El asno era el animal preferido del rey y llevaba toda la vida con él. Había viajado con los monarcas en su barco, y sus excrementos eran un fertilizante tan potente que trajo consigo la abundancia para todo el país. El rey, allí sentado, cerca de su asno de la suerte, junto a su mujer, a quien tanto amaba, su hija recién nacida y rodeado de su pueblo, que lo veneraba, estaba radiante. La reina todavía tenía aspecto cansado por el alumbramiento, pero una luz suave emanaba de su pálido rostro.

La madrina apareció bajo la cúpula. Llegaba tarde y casi corriendo, y lucía un atuendo morado de la cabeza a los pies, pues tenía la costumbre de vestirse siempre de un solo color. La reina sonrió al ver a su prima, siempre tan excéntrica, y la presentó a la asamblea:

—Esta es la madrina de nuestra hija, mi prima... de color lila.

LA PRIMA HIZO UN RÁPIDO GESTO CON LA MANO PARA RESPONDER A LOS APLAUSOS DE LOS ASISTENTES, Y SE INCLINÓ SOBRE LA NIÑA.

Se hizo el silencio en el Domo. Nadie se atrevió a moverse, e incluso los pájaros contuvieron sus gorgoritos. La mujer se quedó un buen rato contemplando al bebé. En la cuna, con cara seria, la niña miraba fijamente a su madrina con los ojos abiertos de par en par. Por fin, la mujer levantó el rostro y se dirigió a la reina:

—¡Rayos! ¿Cómo puede un ser tan diminuto tener unos ojos tan grandes?

El bebé retorció la carita en un gesto sorprendente que hizo reír a la mujer.

—Y hasta tiene genio. ¡Me gusta!

Agarró los dedos del bebé entre los suyos y se dirigió a su ahijada:

—Seré tu hada madrina, linda princesa. Puedes mirarme, sí... Soy yo, el hada Lila. Pase lo que pase, siempre estaré ahí para cuidar de ti.

EL PÚBLICO, ALIVIADO, RECUPERÓ EL ALIENTO. TODOS APLAUDIERON AL HADA MADRINA DE LA PRINCESA RECIÉN NACIDA.





Pasaron los años. La niña crecía feliz y era un dechado de prudencia y sensatez. Su padre le había regalado un inmenso palomar, y en él la princesa pasaba largos ratos imitando el canto de los pájaros y tocando para ellos piezas de música en un órgano de sonido cristalino. Recogía las plumas que se les caían y las usaba para formar coronas o alas con las que adornaba sus vestidos. Era una princesa dichosa y risueña, querida por sus padres, educada entre algodones, agasajada y rápida en el aprendizaje. ¿Quién habría podido imaginar que ese tiempo de felicidad acabaría algún día?

La princesa tenía siete años cuando su madre se puso enferma. Se convocó a los mejores médicos, a los más grandes investigadores y a algunos charlatanes para que la examinaran. No se pudo hacer nada. La reina se moría.

A MEDIDA QUE SE DEBILITABA Y QUE LA VIDA SE LE ESCAPABA, LA REINA GANABA EN BELLEZA, COMO UNA FLOR METIDA EN UN AGUA TURBIA Y VENENOSA.



SU BELLEZA DIÁFANA IRRADIABA LUZ AL AIRE QUE LA ENVOLVÍA.
PRONTO DEJÓ DE TENER FUERZAS INCLUSO PARA VER A SU HIJA.



EL ÚNICO QUE ENTRABA EN LA HABITACIÓN ERA EL MONARCA.
CUANDO SU MUJER EXPIRÓ, CREYÓ MORIR ÉL TAMBIÉN.